

AURELIO RONCAGLIA  
(1917-2001)

Apenas iniciado este siglo XXI en el que el Prof. Badia i Margarit augura —en el artículo que abre esta nueva etapa de *Estudis Romànics*<sup>1</sup>— tiempos prometedores para la Filología Románica, esta disciplina perdía uno de sus grandes maestros del siglo XX: el 28 de junio de 2001 moría en Roma, la ciudad en la que había desempeñado su magisterio durante tantas décadas, el Prof. Aurelio Roncaglia.

Nacido en Módena el 8 de mayo de 1917, Aurelio Roncaglia estudió en la Scuola Normale Superiore de Pisa, se licenció en Letras en 1939, y obtuvo de inmediato una beca que le permitiría completar su formación en el Istituto di Filologia Romanza de la universidad de Roma, dirigido en aquel momento por Giulio Bertoni. Tras el paréntesis forzoso de la segunda guerra mundial (sirvió como oficial de infantería en Cerdeña desde 1941 hasta 1944), consiguió, en el otoño del mismo año 1944, un puesto de asistente a la cátedra de Filología Románica de Roma, donde entabló fuertes lazos de compañerismo con otro de los grandes romanistas del siglo pasado, Angelo Monteverdi. Entre 1948 y 1954 ejerció su actividad docente en la universidad de Trieste, hasta que obtuvo una cátedra en la universidad de Pavía, sede en la que permaneció sólo dos años, pues en 1956 fue llamado a suceder a Monteverdi en Roma, donde se estableció definitivamente (con sólo un intervalo de dos cursos —1967-68 y 1969-70— en los que impartió clases en la McGill University de Montréal).

Su jubilación en 1992 no supuso en modo alguno un alejamiento de la universidad de La Sapienza, no sólo por haber sido nombrado Profesor Emérito de la misma, sino sobre todo porque en ella quedaban colegas (como Giuseppe Tavani) con los que compartía múltiples afanes y, sobre todo, porque allí había forjado una saga de importantes discípulos que continúan su

15. Si bé en aquesta *Biografia* he citat força obres del Dr. David Romano, per un coneixement complet de tota la seva producció literària em remeto a CASAS, Montserrat (2000): «In Memoriam. Prof. Dr. David Romano (1925-2001)» *Índice Histórico Español*. Vol. XXXVIII, p. 13-24. Aporta noves dades sobre la seva col·laboració en la història de la ciència medieval l'article de SAMSÓ, Julio (2002): «Necrología. David Romano». *Ic-tineu*. Vol. 16, p. 15-16.

1. Cfr. A. M. Badia i Margarit, «'Romania', 'romanitas', 'romanística'», *ER*, XXII, 2000, pp. 7-22.

labor, entre los que podemos mencionar —por citar sólo dos nombres, pertenecientes a distintas generaciones, la de los «hijos» y la de los «nietos»— a Roberto Antonelli y Paolo Canetieri, que mantienen encendida en el mismo lugar la llama que el maestro les legó. Pero no cabe duda de que la liberación de obligaciones académicas y administrativas en la universidad romana le permitió disponer de más tiempo para dedicárselo en sus últimos años a otra de sus pasiones: la Accademia Nazionale dei Lincei, en la que podía disfrutar no sólo de su dedicación al estudio sino también de la contemplación de la Galatea rafaeliana que con tanto orgullo mostraba a los amigos que lo visitaban en aquellas palaciegas instalaciones.

Sería largo enumerar las asociaciones e instituciones científicas que alentó y de las que formó parte (además de las dos a las que probablemente se sentía más ligado, la ya mencionada de los Lincei y la Union Académique Internationale, de la que fue presidente), por lo que sólo recordaremos aquí algunas de la Península Ibérica, como la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y la Academia das Ciências de Lisboa.<sup>2</sup>

Supo compatibilizar armoniosamente su labor docente e investigadora con su actividad editorial, contemplada como prolongación natural de la primera, e impulsó la colección «Officina Romanica», los «Subsidia» al *Corpus des troubadours* o la segunda serie de «Studi, testi e manuali», de la casa Mucchi. Pero la empresa de este tipo que le resultaba más querida, en la que trabajaba con mayor empeño y dedicación, era la dirección de la revista *Cultura Neolatina*, que cuidaba en sus mínimos detalles y que da prueba fehaciente de su rigor intelectual a la vez que refleja su talante flexible y abierto a los más diversos planteamientos y métodos, con un respeto absoluto por la libertad de opinión de los colaboradores.

Aunque Aurelio Roncaglia pertenecía a esa casta de grandes maestros que ejercen su magisterio de forma directa —en las clases y seminarios que imparten, en las ponencias o conferencias que pronuncian, en las reuniones con sus colegas y discípulos, en las correcciones y puntualizaciones que hacen a los trabajos que leen—, quedan, afortunadamente, abundantes testimonios escritos de su claridad expositiva, de lo atinado de sus observaciones, de la pertinencia de los temas tratados, de la trascendencia de sus hipótesis de trabajo y de sus propias conclusiones.

A modo de puente entre la docencia ejercida por contacto personal y su plasmación escrita, no estará de más recordar la serie de materiales elaborados como apoyo a sus cursos académicos, que conservan, en su mayoría, plena vigencia y algunos de los cuales son susceptibles de ser utilizados como manuales fuera del contexto concreto que los generó, como sucede, por ejemplo,<sup>3</sup> con sus *Principi e applicazioni di critica testuale* (Roma, Bulzoni, 1975), *La generazione trobadorica del 1170* (De Santis, Roma, 1968), *La lirica d'oil tra il XII e il XIII secolo* (Roma, De Santis, 1966), *Un romanzo provenzale del secolo XIII: Flamenca* (Roma, De Santis, 1961), etc.

A este grupo de publicaciones cabe añadir sus excelentes visiones de conjunto sobre el nacimiento y desarrollo de la literatura italiana y románica, entre las que podemos mencionar el capítulo sobre «Le Origini» en la *Storia della letteratura italiana* de la editorial Garzanti, dirigida por Emilio Cecchi y Natalino Sapegno; «Il primo capitolo nella storia della lirica europea» y «Civiltà cortese e civiltà borghese nel Medio Evo», en *Concetto, storia, miti e immagini del*

2. Puede verse una completa relación en la nota necrológica que le dedica Saverio Guida como inicio del volumen LXII (1-2) de *Cultura Neolatina*, pp. 5-15, concretamente entre las páginas 6 y 7.

3. Somos conscientes de que la selección que presentamos posee un alto índice de subjetividad, por lo que recomendamos una revisión directa de la «Bibliografia degli scritti di Aurelio Roncaglia», que sirve de prólogo a la *Miscellanea di studi in onore di Aurelio Roncaglia a cinquant'anni della sua laurea*, Módena, Mucchi, 1989, I, pp. XXI-X, teniendo en cuenta, naturalmente, que, después de esta fecha, continuó participando activamente en congresos y publicando artículos sobre diversos temas.

*Medio Evo*, coordinada por Vittore Branca para la editorial Sansoni; «Italia: Letteratura, Dalle Origini al Trecento» (*Enciclopedia Europea*, Garzanti); o «Le corti medievali», en *Letteratura italiana*, dirigida por A. Asor Rosa, en la casa Einaudi.

Su capacidad de síntesis —indisociable de su talento para hacer asequibles los problemas y situaciones más complejos y de sus dotes organizativas y expositivas— se pone de manifiesto asimismo en manuales convertidos ya en herramientas de uso obligado para docentes y discentes que se aproximan a los textos medievales (compuestos en una variedad lingüística en ocasiones bastante diferente de las modalidades actuales de la misma lengua), como sucede con *La lingua dei trovatori. Profilo di grammatica storica del provenzale antico* o *La lingua d’oïl. Avviamento allo studio del francese antico*, publicados ambos por Edizioni dell’Ateneo.

Pero, sin duda, donde su erudición y su perspicacia brillan con una luz todavía más rutilante si cabe es en los artículos de detalle, tan numerosos que sería una tarea excesivamente ardua intentar enumerarlos, artículos en los que tanto puede resolver como por arte de magia un complicado problema de edición como arrojar luz sobre la interpretación de un pasaje literario o sobre la localización de un topónimo. Por su proximidad a nosotros, permítasenos recordar títulos como «Ay flores, ay flores do verde pino!» (*Boletim de Filologia* xxix, número editado como homenaje al Prof. Rodrigues Lapa), o «Ecci venuto Guido ‘n Compostello? (Cavalcanti e la Galizia)» (actas del congreso *O cantar dos trovadores*). Aunque la lírica gallegoportuguesa no fue para él una preocupación constante (como sí lo fueron los trovadores occitanos, la poesía italiana o la épica y la narrativa francesas medievales), la tenía en gran aprecio por reconocimiento a la excelente labor que desarrollan en este campo amigos y colegas, así como personas muy próximas a él; por otra parte, su familiaridad con la lírica románica medieval contemplada en su conjunto —y en su contexto histórico y cultural— lo situaban en una posición privilegiada para comprender de forma lúcida aspectos específicos de esta tradición que pueden pasar desapercibidos o inescrutables a los ojos de especialistas de miras más concretas.

Sería injusto no hacer referencia explícita a un tema recurrente en su bibliografía, tanto que se nos presenta como uno de sus más fuertes afectos a lo largo de su dilatada trayectoria intelectual: el trovador gascón Marcabré, a quien no sólo menciona en múltiples contribuciones, sino que también le ha dedicado todo un ciclo de trabajos brillantes y precisos en los que ha ido desmenuzando de un modo tan eficaz la actividad creadora de este autor difícil y complejo que una buena parte de nuestro conocimiento actual y nuestra comprensión de la producción marcabruniana se debe fundamentalmente a las huellas indelebles que Roncaglia ha dejado siguiendo su rastro.

Aurelio Roncaglia ha prestado atención a formas poéticas diversas, como el zéjel («*Lai-sat estar lo gazel* (contributo alla discussione sui rapporti tra lo zagial e la ritmica romana)», *Cultura Neolatina* ix), la balada («Nella preistoria della lauda: ballata e strofa zagialesca», presentado en el congreso internacional sobre *Il movimento dei disciplinati nel VII centenario del suo inizio*, y recogido más tarde en el volumen *La Metrica*, coordinado por R. Cremante y M. Pazzaglia para Il Mulino) o la sextina («L’invenzione della sestina», *Metrica* II); nos ha legado, de manera particular a través de los volúmenes de «su» *Cultura Neolatina*, páginas magistrales dedicadas a cuestiones concretas y complejas como «*Carestia*» (*CN* xviii), clarificadoras de debates literarios de gran trascendencia (por ejemplo, «Trobar clus: discussione aperta», *CN* xxix); y, sobre todo, ha sido —es— uno de los mejores prototipos del romanista en el más amplio (y, paradójicamente, a la vez, más estricto) sentido del término:<sup>4</sup> se ha ocu-

4. Como recuerda S. Guida en la nota necrológica citada más arriba, «Roncaglia mantenne nondimeno sempre ferma la coscienza d’una problematica unitaria e viva l’esigenza di una visione sintetica del mondo

pado de problemas literarios de los más diversos tipos, ha reflexionado sobre la crítica textual y ha puesto en práctica sus planteamientos, no ha descuidado nunca la vertiente más puramente lingüística (añadamos a otros títulos ya mencionados su *Introduzione alla Linguistica romanza (Presupposti e metodi, risultati e problemi della linguistica romanza, a un secolo della morte del suo fundatore)*, Roma, Bulzoni, 1977) y se ha detenido a pensar en la Filología Románica como disciplina científica («Prospettive della Filologia Romanza», *CN XVI*). Era consciente, a la vez, de la necesidad de situar los fenómenos literarios en el contexto en el que habían surgido y evolucionaban, por lo que no sólo no deja nunca de lado la visión de conjunto que caracteriza a la romanística —combinada con la atención al detalle particular y la cuidadosa verificación de los datos—, sino que también atiende a los hechos históricos y culturales que proporcionan elementos aclaratorios de tendencias, movimientos, escuelas, géneros, formas, temas, etc.

Además de cuanto acabamos de decir, Roncaglia respondía a la perfección a esa imagen del romanista que esboza Badia en su «artículo programático» citado al principio de esta nota: era consciente de formar parte de una «gran familia» (de la que se convirtió en patriarca sin afán de protagonismo), se divertía con lo que hacía, en ocasiones buscaba abiertamente —con afán de pura dialéctica— la provocación, siempre para suscitar el interés de los colegas por algún aspecto concreto; hacía gala de una enorme sencillez en el trato con investigadores más jóvenes, a los que nunca pretendía apabullar con la amplitud de sus conocimientos (más bien al contrario, sabía escucharlos, y no pocas veces aparentaba aprender algo de ellos). Rehuía los dogmatismos y defendía la independencia de criterios y la compatibilidad de métodos y corrientes diversos, siempre que estuviesen guiados por la búsqueda del rigor científico. A su inteligencia preclara, su intuición, su perspicacia, su sabiduría, su prodigiosa erudición, su espíritu crítico, su brillantez, su claridad, su decidida vocación de romanista, hay que sumar su laboriosidad, su curiosidad por todas las cosas del saber, su espíritu alegre y animoso, su vivacidad, su sentido práctico, su carácter franco y abierto y su generosidad; en definitiva, su tremenda humanidad, la síntesis de todas esas cualidades que hacen grande a un científico, a una persona.